BORGES: el escritor y su enigma

Por HUMBERTO PIÑERA

COMO Quevedo y Nietzsche, nuestro contemporáneo Jorge Luis Borges es también uno de esos escritores *desconcertantes,* y, por lo tanto, al leerlo, la pregunta —una y la misma— es la de cuál puede ser la *actitud radical* que adopta ante el mundo. Pero no cabe duda de que la ironía es el punto de apoyo en que se basa frente al ser variabilísimo de la realidad a cuyo examen acude constantemente. Ironía que consiste en considerar que el mundo no es acreedor a la «seriedad» que suele acreditársele, puesto que ésta es, en todo caso, unilateral y dogmática. Se trata, pues, de una actitud de prudente reserva, dado que nada en el mundo se muestra con la totalidad que debe tener. En consecuencia, de las cosas cabe siempre una interpretación, ora ésta, ora aquélla, comprobatoria de que ni su consistencia ni su valor poseen, en rigor de verdad, más fundamento que el otorgado por tal o cual apreciación individual susceptible, en muchas ocasiones, de convertirse en *consensus*.

Lo cual nos conduce inevitablemente a pensar —o a sentir— que el mundo adolece de una incurable irracionalidad responsable, como tal, de la dificultad con que topamos constantemente cuando se trata de «tomar en serio» las cosas, porque esa «seriedad» llega hasta nosotros como algo ya dicho y aceptado. La *simplex mentis inspectio,*

propuesta por Descartes como operación continua e inagotable, es, sin duda, el quehacer de hombres como Quevedo, Nietzsche y Borges. Si la realidad es constante reto, aceptado por ellos, es precisamente porque ellos, a la vez, son un reto para esa realidad, pues, sin este género de hombres, el mundo carecería de algunos de sus más importantes significados. En consecuencia, en un hombre como Borges hay una *rebeldía* a un tiempo la más apacible y la más agresiva, puesto que no se encamina hacia algo concreto y definido, donde presumiblemente debe agotarse, sino, por el contrario, «su» objeto es «todo» objeto; y si la susodicha rebeldía es la más *apacible* se debe a que, en esencia, no se opone a nada en particular (según ya dijimos), ni mucho menos intenta negarlo (que es como destruirlo); así como es la más *agresiva* si se tiene en cuenta que la radical desconfianza con respecto a cualquier cosa —sea la que sea— no deja en pie ni la más mínima seguridad tanto para el conocimiento como para la acción.

SEGURIDAD Y DESCONFIANZA

Seguridad: he aquí la palabra que expresa cabalmente la máxima necesidad humana. Nos sentimos seguros al sabernos a cubierto de la *contingencia,* es decir, de la probabilidad capaz de resultar, en definitiva, buena o mala. De ahí nuestro afán de «saber a qué atenernos», para lo cual basta con la *apariencia,* siempre que ésta, de alguna manera, nos tranquilice mediante la *unilateralidad* y el *dogmatismo* a que nos aferramos para escapar al incómodo estado de continua revisión, grato sólo a hombres como los que hemos mencionado aquí.

Porque si bien el vivir, todo vivir, es de por sí aventurado, son muy pocos los que se hallan dispuestos a ser «aventureros», en la forma más enérgica posible, es decir, la de fiarse sólo a la desconfianza. Así es Borges, o sea el hombre cuya espontánea desconfianza le hace discurrir vertiginosamente por el caleidoscópico conjunto de una realidad que converge hacia el escritor como si él fuese el *Aleph* propuesto en su obra. Para este raro espécimen humano nada es «lineal»: por el contrario, la realidad se esconde de sí misma multiplicándose en «direcciones» que procuran serlo lo menos posible, lo que explica el empleo constante de símbolos, unos *matemáticos,* como son la parábola, el círculo, la elipse, la espiral, el triángulo y el hexágono. Y otros *físicos,* por ejemplo, el espejo, el laberinto, el muro, la «ruina», etc. En un caso como en el otro, se trata de «mostrar», o tal vez mejor «sugerir» la perenne dificultad del acceso a la realidad que, en consecuencia, se da solamente en forma indirecta: zig-zag, rodeo, distancia, «reflejo», bifurcación, etcétera. Nada, por tanto, inmediato, directo, en sí mismo.

Se diría que, en el fondo, Borges parece partir del conflicto, sobremanera interesante, entre la lógica del absurdo y el absurdo de la lógica. Entender esto requiere el planteamiento de la previa cuestión de si existe el *absurdo,* en cuyo caso la respuesta depende de lo que llamemos «lógica». Si las cosas tienen un *logos,* es decir, si son susceptibles de *explicación,* ¿hay, acaso, una sola, o, por el contrario, muchas? Entonces, si el significado de las cosas es unívoco, todo cuanto no resulte así será, por consecuencia, *absurdo.* Pero si, de todos modos, este último persiste, estamos obligados a acordarle alguna forma de realidad, en cuyo caso no puede objetarse la validez de una «lógica del absurdo»; y esto, como es natural, supone —en estricta equivalencia— que en más de una ocasión se puede hablar del «absurdo de la lógica». A horcajadas sobre este conflicto, el *pensador* Borges se dispone a convertirse en el *escritor* cuya obra

Borges y Luis Rosales, dos grandes de la literatura hispánica.

tiene como principal cometido *desconcertar*. Porque, sin lugar a dudas, no hay posible «concierto» en nada de cuanto propone, sea lo que sea, referido, por supuesto, a ese mundo *ad usum delphinis* en que vivimos siempre «concertados» con todo cuanto nos atañe.

De ahí, en consecuencia, la pertinencia de cualquier «interpretación» de sus escritos, porque ninguno escapa al riesgo de ser un intento de «adivinación» de los profundos jeroglíficos en que consiste la obra borgiana, como lo prueba la ya profusa exégesis que —me permito sospecharlo— debe haber suscitado la sonrisa del gran escritor argentino. Porque, en fin de cuentas, ninguna de esas «interpretaciones», efectuadas desde tal o cual posición más o menos congruente con la realidad en la que se instala el intérprete, jamás alcanza a dar en el blanco de esa diana vertiginosamente movible del universo borgiano.

AZAR E INFINITO

Otros dos elementos llamativamente frecuentes en la creación literaria de Borges son, por una parte, el *infinito;* de otra, el *azar*. Con respecto al primero, quizás bastaría con aludir ahora a todo lo que, en este sentido, contiene *La biblioteca de Babel,* algo así como la versión cosmogónica del mundo propuesto por Borges. «El universo (que otros llaman la Biblioteca), se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales» (1). Infinitud que, según nuestro autor, se refuerza eficazmente con el concurso de la *apariencia,* que lo es aún más porque no hay nada que no lo sea (el «espejo», que duplica fielmente las apariencias). De paso nótese la importancia esencial de la figura hexagonal. «*La Biblioteca* [la realidad] *es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible*» (2). Tal es el modo cómo imagina Borges el universo, es decir, bajo la especie de lo infinito; infinitud, eso sí, extensible a la totalidad de sus manifestaciones, o sea que se trata de una especie de virtualidad implícita en la realidad presente de cada una de ellas, por lo que resultan *indefinidas,* a causa precisamente de su constante infinitud inherente. Baste, quizás, con esta prueba al canto: todo cuanto contiene la «Biblioteca» (el universo), «la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las

El escritor, en sus primeros años de estudiante.

lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros» (3).

Todo, repetimos, adolece del mismo defecto, es decir, la «virtualidad» de ser, ora así, ora de otra manera, *ad infinitum*. Consecuencia final: no hay un *orden*, ni podría haberlo, porque la realidad es *per se,* continua e inagotable recreación. De ahí que la Biblioteca sea, a un mismo tiempo, «ilimitada y periódica», pues las innumerables cosas contenidas en ella «se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden)» (4). El *Orden,* por tanto, proviene, según Borges, del periódico «repaso» —por nuestra parte— de todo lo que es obra del *azar,* ese cruce de causalidades que desembocan siempre, de un modo u otro, en lo casual.

Acabamos de mencionar otra de las palabras clave en el vocabulario borgiano, puesto que el azar es pieza decisiva del complicado juego de la cosmogonía de nuestro autor. Un buen punto de partida podría ser, a este respecto, la consideración de la innata disposición humana a creer en la lógica y la simetría. *Lógico,* según se tiende a admitirlo, es más o menos aquello que se ofrece en la «explicación» sin la cual sería imposible vivir. Así, por ejemplo, la noción de *causa* y *efecto*, derivada de la costumbre de asociar una cosa con otra, aunque ya desde Hume aprendimos a desconfiar de esas tranquilizadoras seguridades aparentes.

De este modo, *La lotería de Babilonia* le sirve al gran ironista Borges para hacernos ver cómo el ser humano no ceja en el afán (que es también ineludible necesidad) de someter a la lógica lo que de suyo es ilógico. Por esto mismo, la *lotería* (creación humana del azar superpuesto a la aleatoria composición del cosmos), no es más que su «interpolación [...] en el orden del mundo [orden, desde luego, inventado] y que aceptar errores no es contradecir el error: es corroborarlo» (5). Pues la estructura de la realidad es tan infinita en el número de sus componentes como en el propio acaecer de estos últimos. «En la realidad, *el número de sorteos es infinito.* Ninguna decisión es final, todas se ramifican en otras» (6). En fin de cuentas, que el universo («Babilonia») «no es otra cosa que un infinito juego de azares» (7).

ILUSION DE ILUSIONES

Lo dicho hasta aquí tiene mucho que ver con esa ilusión de ilusiones del trabajo intelectual, pues, al fin y al cabo, el hombre de pensamiento y de letras es el más «metafísico» de los seres humanos, porque sus ansias de credibilidad en un «orden» (cualquiera de los posibles) rebasan decisivamente a las del resto de sus congéneres. «Explicar» (en forma directa o indirecta) ha sido siempre el propósito intelectual: sátira, censura, crítica, descubrimiento de errores, lo que sea, no pretende sino contrastar lo sometido a inspección con una idea, una imagen, un anhelo..., entrevisto como «orden», sea cual sea. Por eso, según Borges, «no hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil» (8). Y agrega lo siguiente:

«Pensar, analizar, inventar [...] no son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Glorificar el ocasional cumplimiento de esa función, atesorar antiguos y ajenos pensamientos, recordar con incrédulo estupor que el *doctor universalis* pensó, es confesar nuestra languidez o nuestra barbarie. Todo hombre debe ser capaz de

todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será.» (9).

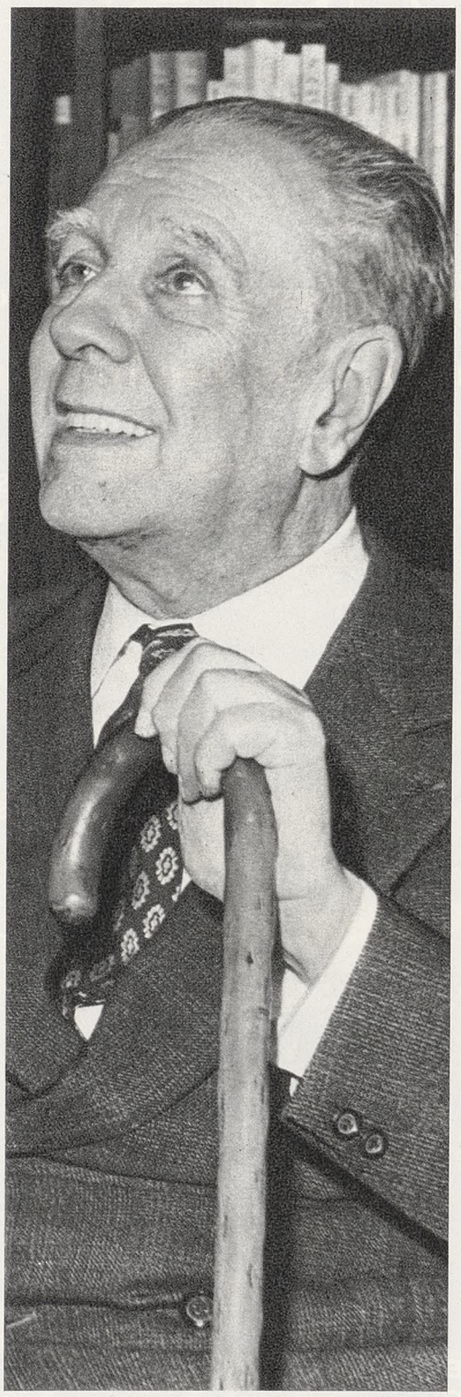
He ahí un párrafo que reitera y a la vez redondea la sutil enseñanza borgiana de la inutilidad de casarnos con tal o cual punto de vista o actitud que, a más de ser inevitable prejuicio, sigue apuntando a *un* objeto como si éste pudiese, por sí solo, dar cuenta del resto. (¡Cómo viene a punto aquí la fina consideración de Gracián sobre el concepto!) Porque, además, solemos olvidar (¡gran consuelo!) que somos inesquivables, *hic et nunc,* ese «aquí y ahora» que rige también el pensamiento. Pues el presente es aquello que tiene la fuerza avasalladora de que carecen la desvalida sombra del pasado y la aleatoria probabilidad del futuro.

He ahí por qué no es observación desestimable ésa que hace Borges acerca de «que todas las cosas le suceden a uno precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra y en el mar, y todo lo que realmente pasa, me pasa a mí» (10). A tenor de esto último, habría que pensar que no es posible admitir como válida ninguna «observación», que es siempre —mírese como se quiera— ese contenido deseo que pretende sobreponer, a la incertidumbre de un universo en sí mismo indescifrable, la confortadora sustitución del pensamiento, continuando desde «antes» del que ahora lo piensa, como si, en realidad, a él pudiese «pasarle» aquello que le sucedió a otro. En suma, sustituir la vida por la idea, aun más, por esas constelaciones de ideas que prometen una cómoda instalación capaz de ponernos al abrigo de cualquier incómoda situación de «desconcierto».

ENIGMA ESENCIAL

Jorge Luis Borges sabe perfectamente que si bien podemos desvelarnos buscando la solución del enigma esencial del universo (que es, por otra parte, la suma de innumerables enigmas subalternos), jamás daremos con esa solución, porque, en fin de cuentas, si no la hay es porque, probablemente, tampoco hay tal «problema».

Un poco a la manera de San Agustín, quien graciosamente confiesa que el único modo posible de «saber» qué es el *tiempo,* es no preguntar por él *(¡helas!)*, Borges, tras un divertido intento de apresar en las mallas de una solución por la vía especulativa el enigma de la *eternidad,* descubre un día, sin proponérselo, que lleva consigo esa eternidad, no bajo la especie de la idea, sino en una experiencia íntima —como todas ellas, inmediata—, acaecida una noche en que se hallaba de visita en la localidad de Barracas, próxima a Buenos Aires:



«Me quedé mirando esa sencillez. Pensé, con seguridad en voz alta: Esto es lo mismo de hace treinta años... Conjeturé esa fecha: época reciente en otros países, pero ya remota en este cambiadizo lado del mundo... El fácil pensamiento *Estoy en mil ochocientos y tanto* dejó de ser unas cuantas aproximativas palabras y se profundizó a realidad. Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo: indefinido temor imbuido de ciencia que es la mejor claridad de la metafísica. No creí, no, haber remontado las presuntivas aguas del Tiempo; más bien me sospeché poseedor del sentido reticente o ausente de la inconcebible palabra *eternidad*. Sólo después alcancé a definir esa imaginación.» (11).

La profunda ironía de Borges —por esto mismo, sutil y delicada— invade cuanto escribe, manifestándose en la forma de un constante *humor* que, en cualquiera de sus expresiones concretas, exige del lector una especial atención, no porque lo dicho sea difícil de entender, sino a causa de lo que *el decir* propone en cada caso con referencia, eso sí, a la «credulidad» que domina tiránicamente al hombre.

Así, por ejemplo: «Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden —el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo— para embelesar a los hombres» (*Ficciones,* «Tlon», etc.). También: «No hay hombre que, fuera de su especialidad, no sea crédulo» (*Ficciones,* «El milagro secreto»), pues, en efecto, estamos dispuestos siempre a reconocer méritos ajenos salvo en aquello que hacemos. Como, asimismo, ese *consensus* en que solemos descansar placenteramente, pues nos exime de pensar por cuenta propia; como ocurría hace años (¡y todavía!) con el «mito» de Chaplin, de una de cuyas películas *(Luces de la ciudad)* dice Borges: «¿Quién va a desconocer que su novísima *comédie larmoyante* es de antemano asombrosa?» (*Discusión,* «Films»). Y así, a este tenor, podría componerse un vasto repertorio de semejantes momentos en los que Borges aplica la ironía a la «unilateralidad» y el «dogmatismo» con que se procede a la interpretación de las multitudinarias manifestaciones de un universo modelado y remodelado tantas veces. Que, como la alegre farsa de *La Biblioteca de Babel,* se convierte en «ilimitado» a fuerza de ser «periódico», es decir, de insistir en esquemas propuestos para apresar el «orden» que aleja el peligro de una desazonante «indeterminación». De ahí, en consecuencia, el *desconcierto* que provoca la lectura de Borges, y que, a veces, llega hasta hacernos sospechar que nos está tomando el pelo. Sospecha que acontece al olvidarnos de nuestra «excentricidad» en el universo al que estamos siempre dispuestos a atribuirle un *centro,* como fórmula que nos pone a cubierto de esa *auschlössung* (disolución) operada constantemente por la ironía de quien sabe perfectamente que la vaga denominación de «universo» (presunta unidad de lo vario) es, probablemente, la mayor injusticia que padece el mundo.—H. P.

(1) Jorge L. Borges: *Ficciones,* ed. «Alianza-Emecé», Madrid, 1972, pág. 89.
(2) *Ibid.,* pág. 90.
(3) *Ibid.,* pág. 94.
(4) *Ibid.,* pág. 100.
(5) *Ibid.,* pág. 76.
(6) *Ibid.,* pág. 77.
(7) *Ibid.,* pág. 79.
(8) *Ibid.,* págs. 57-58.
(9) *Ibid.,* pág. 59.
(10) *Ibid.,* pág. 102.
(11) J. L. Borges: *Historia de la eternidad,* ed. «Alianza-Emecé», Madrid, 1971, pág. 41.